

Ribera Llopis, Juan M.: *Projecció i recepció hispanes de Caterina Albert i Paradís, Víctor Català, i de la seva obra*, Girona, CCG Edicions, 2007. 342 pp.

<https://doi.org/10.55422/bbmp.607>

De la mano de las investigaciones de Juan M. Ribera Llopis, profesor titular de Filología Catalana en la Universidad Complutense de Madrid, nos adentramos en el universo literario y afectivo de la escritora modernista Caterina Albert i Paradís (1869-1966), Víctor Català. Lo literario se aprecia en el valor crítico, documental y bibliográfico que posee la recopilación presentada. Y lo afectivo radica en el trasfondo sociológico que subyace en las cartas de la escritora, testigos de un momento histórico-político muy favorable a las relaciones castellano-catalanas: las primeras décadas del siglo XX.

A través de esta doble vertiente, pues, debemos enfocar el estudio de Juan M. Ribera, quien ofrece a los lectores un epistolario que ejemplifica de manera fehaciente cómo la recepción literaria de una escritora favorece la aceptación de su cultura. En el presente ensayo, Víctor Català y Cataluña constituyen dos pilares identificados plenamente entre sí, alejados de cualquier connotación política perjudicial, formando un solo eje alrededor del cual gira todo el mecanismo de la acogida hispánica. A través de cartas, reseñas, traducciones y referencias bibliográficas el autor demuestra la existencia de un diálogo abierto y cordial entre castellanos y catalanes que va más allá de lo literario, y que sería difícil de ubicar en la actualidad, dada la situación de diglosia existente entre estas dos lenguas.

Sin ánimo de entrar en los conflictos que esta diglosia ha generado a lo largo de los siglos, se hace necesario resaltar cómo los límites interpuestos por esta barrera lingüística y cultural parecen perder fuerza dentro del contexto histórico y literario en el que nos encontramos. Nos recuerda el autor que, en Cataluña, desde la década de 1830 hasta la de 1880 aproximadamente, habíamos asistido al rescate de la cultura catalana a través del movimiento conocido como la *Renaixença*, abanderada por escritores como Bonaventura Carles Aribau, Narcís Oller, Àngel Guimerà o Jacint Verdaguer. Con la aparición de los primeros textos de la modernista, como *Quatre Monòlegs* (1901), *Drames Rurals* (1902) o *Solitud* (1905), entre otros, Víctor Català contribuirá de igual manera, no sólo a la consolidación de una literatura considerada hasta el momento como *regional* sino a la normalización de las relaciones entre ambas identidades.

Con respeto, admiración y diplomacia se inicia –y se mantiene– el diálogo cultural entre Caterina Albert y sus coetáneos, a través de unas cartas en las que se trasluce el contexto del encuentro entre catalanes y castellanos que el autor nos ofrece en el primer capítulo del libro. El tono conversacional de las epístolas, cuyo contenido es de tipo cultural y social más que literario –etnológico, incluso–, nos remiten a un debate en el que están presentes el uso de la lengua y del pseudónimo, o la aceptación de los catalanes en el resto de la península. Las referencias a Matilde Ras, Blanca de los Ríos y Concha Espina van a ser constantes a lo largo del ensayo, tanto por la admiración que profesan a la escritora catalana como por su insistencia en el uso del castellano por parte de Víctor Català –rechazado cortésmente por ella– más allá del ámbito epistolar.

A pesar de estos y otros intentos castellanizantes, en ningún momento se debilita la armonía reinante entre los interlocutores, y la *catalanofilia* crece con intensidad. Esta relación fraternal se refleja tanto en las cartas dirigidas a Caterina Albert como en las respuestas que ella remite. Hasta el estallido de la Guerra Civil –

y con el impulso de una Renaixença que respaldó la aparición de movimientos culturales posteriores de cierto éxito, como el modernismo o el novecentismo—, asistimos al transcurso de un período caracterizado por el respeto mutuo entre castellanos y catalanes, a quienes la diferencia de idioma no les imposibilita la comunicación. Según la escritora, los límites que hasta el momento habían obstaculizado este encuentro de culturas no residen en el idioma, sino en el *jerro común*, es decir, en un desconocimiento recíproco que Caterina Albert atribuye a catalanes y castellanos.

La obra de Víctor Català y, por extensión, la lengua y la cultura catalanas, funcionan como un puente entre dos identidades, que sirve para acercar posiciones y para constatar la universalidad del arte con independencia de sus medios de expresión. Juan M. Ribera expresa esta idea a lo largo del segundo capítulo, en el que se muestran varios documentos que confirman el papel de Caterina Albert como embajadora de una cultura catalana que, por momentos, brilla con luz propia. Víctor Català actúa como consejera, crítica, defensora y recuperadora de su lengua hasta el punto de contagiar a sus admiradores y amigos no catalanes de un fervor por la comprensión y la escritura en el *idioma hermano*. Las solicitudes de crítica y revisión de textos enviados a la modernista son numerosas, al igual que las diversas ocasiones que ella aprovecha para expresarse en su lengua nativa, con total diplomacia y naturalidad, sin ofender a nadie, y haciendo gala de una humildad arrebatadora que muchos no dudarían en calificar de estratégica —exitosa, en cualquier caso—.

En este segundo capítulo también accedemos a las cartas que Víctor Català recibe como respuesta a su actividad literaria y diplomática, en las que se vierten opiniones muy favorables sobre algunas de sus obras. Su condición de mujer catalana no predispone al prejuicio, sino que incrementa una complicidad que desarrolla con sus interlocutores, independientemente de su género u origen; quizá éstos realizan en ella una proyección de sus propias aspiraciones, y no dudan en elevarla al nivel de los grandes escritores españoles. Las cartas expresan no sólo la admiración por su producción literaria, sino una voluntad de aprendizaje que obvia las hipotéticas barreras del idioma a favor de un entusiasmo por el particular estilo de la escritora, respecto a la utilización del lenguaje, de la psicología y de la naturaleza en sus creaciones.

Los capítulos tercero y cuarto del ensayo de Juan M. Ribera constituyen una aproximación más documental y menos contextual de la recepción de la obra de la modernista, y ofrecen al lector una catalogación —también apoyada epistolamente— de la producción literaria de Caterina Albert. La importancia del idioma se vuelve a manifestar en la tercera parte del libro, al recogerse las traducciones al castellano de algunas de sus obras, junto con las impresiones de los traductores, expresadas en forma de prólogos, anotaciones, cartas o notas de presentación, entre otros. La promesa de una *máxima difusión* que sería alcanzada gracias a las traducciones castellanas se relativiza, debido a que hemos constatado en capítulos precedentes que los buenos lectores superan las dificultades del idioma —tal y como sucedía con los clásicos europeos, que los entendidos leían con satisfacción en su lengua original— a pesar de que, en este caso, algunos considerasen que expresarse en otro idioma en un mismo país era una insolencia. Víctor Català supera esta osadía, gracias a su talento, su calidad artística, y su carácter modesto y conciliador; y consigue, de esta forma, que las traducciones de sus libros, más que por necesidad —por incomprensión del idioma, o comodidad—,

se realicen como parte de un ejercicio de admiración hacia la modernista, a quien leían inicialmente en catalán y, posteriormente, le solicitaban permiso para traducir sus obras.

Las *Páginas críticas* del capítulo cuarto nos adentran en un listado de artículos y reseñas que llevan a cabo una valoración literaria a lo largo de un extenso período que abarca también la posguerra —enlazando con las valoraciones editoriales y censales del primer capítulo—. La popularidad de la modernista catalana es tal que sus seguidores se disputan la exclusividad de la citación de su nombre en la prensa especializada, antes, incluso, de que existieran traducciones de su obra; esto confirma de nuevo que, al estilo de los grandes clásicos, la lectura de la obra de Víctor Català en su idioma original constituía un motivo de orgullo para sus lectores.

En los artículos, reseñas y monografías que el autor presenta en el último capítulo de su ensayo, obtenemos nuevas impresiones añadidas a las ya recogidas a lo largo del estudio. Así, Emilia Pardo Bazán, María Luz Morales, Blanca de los Ríos, Matilde Ras, Eduardo Gómez de Baquero o Ramon Domènec Perés, entre otros, valoran la calidad literaria y el estilo de la modernista catalana, y examinan las posibles causas de su exclusión de los principales círculos nacionales, cuando su presencia, según ellos, está más que justificada. Este *obvivo* hispánico con respecto a este paradigma de la catalanidad continúa en la actualidad, nos recuerda el autor, aunque existe un creciente propósito de enmienda que se está llevando a cabo desde distintos centros culturales de Madrid.

Juan M. Ribera incluye en las páginas finales un apéndice documental donde se reproducen algunas de las cartas, dedicatorias, notas o informes mencionados en los capítulos anteriores, y que acentúan el carácter testimonial de este estudio. Se agradecen las impresiones que introduce en un *Post Scriptum* que, quizá sin pretenderlo el autor, apuntan hacia una conclusión de las ideas que rezuman a lo largo del ensayo; ideas que han hablado a través de los documentos reseñados, y que expresan la convivencia cultural entre dos identidades que en demasiadas ocasiones se han enfrentado. Como sugiere el título del ensayo, el lector también lleva a cabo una *recepción* del material recopilado, que habla con objetividad, sin intermediarios ni interpretaciones: el epistolario de Víctor Català, que funciona —ni más ni menos— como testimonio histórico-literario, como crónica de un diálogo cultural y como ejemplo de diplomacia.

Se pregunta también el comparatista cómo se ha producido una evolución tan negativa desde la *catalanofilia* de principios de siglo hasta la *catalanofobia* de posguerra. Sin ánimo de analizar o dar respuesta a este viejo conflicto, Juan M. Ribera apuesta por una autoevaluación objetiva, fundamentada en una convergencia histórico-literaria horizontal, no excluyente, constructiva y complementaria; una fórmula mágica que Caterina Albert i Paradís ya había puesto en práctica un siglo atrás, y que el lector traslada a la actualidad gracias a una acertada selección de textos que hablan por sí mismos, y cuya vigencia se mantiene tantos años después.

En la línea del comparatismo al que se adscribe el autor, se percibe en este ensayo una analogía con el orientalismo saidiano aplicado a lo hispánico, que Juan M. Ribera sitúa en el contexto catalán, y que refleja la problemática de la mirada del Otro. Una razón principal justificaría esta lectura: Víctor Català se insubordina ante el discurso dominante, y se constituye como un referente para las letras hispánicas, rechazando el papel del artista peninsular que se encuentra a la sombra de la hispanidad. La escritora modernista conoce las claves necesarias para llevar a cabo

este posicionamiento con éxito. Ni ella se identifica con un Otelo amenazador –el Otro, el desconocido– que se infiltra en el canon hispánico, ni considera a éste como un rival. Consciente de las semejanzas y diferencias entre ambos, se mira en el Otro –a modo de espejo lacaniano– para afirmar su identidad. Propone la superación del miedo causado por la otredad, sabiendo que éste despierta instintos negativos de territorialidad y dominación. Practica una alteridad sin alienaciones, al comprender que la cultura es universal y se nutre del mestizaje. En definitiva, Caterina Albert i Paradís proclama con éxito un equilibrio –al menos, discursivo– que sirve para allanar el camino entre dos culturas que se dedican un recelo mutuo, una desconfianza tan bien definida por Sartre: «El infierno son los otros».

MARÍA JESÚS PIÑEIRO DOMÍNGUEZ
UNIVERSIDADE DA CORUÑA